

Modernización y europeización en el pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX: hacia el fin de las angustias regeneracionistas¹.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN

Universidad de Castilla-La Mancha

El programa europeizador de J. Costa para regenerar España siguió latiendo en la segunda mitad del siglo XX, pero la guerra civil hizo palidecer al resto de conflictos y se convirtió en el hecho histórico de mayor impacto de todo el siglo XX. Cuanto se había pensado y proyectado hasta ese momento en España, forzosamente adquirió nuevos contenidos y las reflexiones sobre cómo hacer progresar la sociedad se tuvieron que replantear siempre con ese telón de fondo de la trágica guerra vivida. Lógicamente la preocupación de incardinarse en Europa afectó incluso a quienes predicaban que España era “el faro de Occidente”. En todo caso, no se perdieron las esperanzas de Costa² aunque sus ecos se modularon con otras inquietudes y con diferentes energías. Sin duda, si miramos el final del siglo XX, se puede lanzar una tesis sencilla, que el debate sobre la europeización de España, tan soñada por Costa y por tantos intelectuales de la primera mitad del siglo, prácticamente se clausuró en 1985. Pero ese proceso no transcurrió al modo en que lo habían pensado en aquella primera mitad del siglo.

Para explicar cómo se había cerrado esta vieja aspiración, con qué protagonistas y con qué fórmulas, conviene situarse en el final del proceso, en sus dos momentos más decisivos. El primero, la firma de los Pactos de la Moncloa, el 27 de octubre de 1977, entre el primer gobierno salido democráticamente de las urnas tras la dictadura y los principales partidos políticos, más las asociaciones empresariales y el sindicato

¹ Este texto está publicado como capítulo de libro en Cristóbal GÓMEZ BENITO (coord.), *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2011, págs. 199-237.

² Joaquín COSTA, *Reconstitución y europeización de España y otros escritos*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1981.

Comisiones Obreras (agregándose luego la UGT). Se estableció en aquel primer momento el compromiso de estabilizar tanto la transición a la democracia como la modernización de una economía nacional en crisis, pasos imprescindibles, por lo demás, para ser aceptados plenamente en la Comunidad Europea³. El segundo y decisivo momento, la firma del Acta de Adhesión de España a las Comunidades Europeas en Madrid el 12 de junio de 1985. La firma del presidente del gobierno Felipe González cerró una larga etapa de aspiraciones para lograr la homologación europea y abrió una fase en la que Europa se convirtió en actor directo de la historia de España. Todo ello con el consenso de la práctica totalidad de los partidos políticos y con el amplio apoyo de la opinión pública⁴.

En los Pactos de la Moncloa fueron protagonistas los líderes políticos y sociales. Destacaron, junto al presidente A. Suárez, las figuras del vicepresidente E. Fuentes Quintana y de los líderes de la izquierda española, Santiago Carrillo y Felipe González. En aquel acto se escenificó la suma de las fuerzas políticas y sociales de la izquierda con el centro y la derecha política. Un acuerdo que hoy, sin duda, valoramos con justicia en todos sus significados, pero que fue zarandeado desde el primer día y cuya aplicación provocó bastantes críticas, incluso desde las filas de los firmantes⁵. Es más, esos pactos fueron uno de los motivos principales que provocaron la dimisión del vicepresidente Fuentes Quintana, por la presión empresarial. Sin embargo, en 1985, cuando se firmó la entrada en la Comunidad Europea, el protagonismo correspondió, a mi entender, no ya a los líderes sino al conjunto de un país que conscientemente deseaba y aplaudía ese acto, por más que la permanencia en la OTAN tuviese que zanjarse en un tenso referéndum. En definitiva, la entrada en la OTAN no dejaba de ser parte del paquete de la integración en Europa, porque además las fuerzas conservadoras españolas quedaban

³ Es necesario recordar que Manuel Fraga (por Alianza Popular) sólo suscribió el acuerdo económico, pero estuvo en desacuerdo con los contenidos políticos democratizadores.

⁴ Cfr. Belén BARREIRO e Ignacio SÁNCHEZ-CUENCA, “La europeización de la opinión pública española”, en Carlos GLOSA, ed., *La europeización del sistema político español*, Madrid, Istmo, 2001.

⁵ Recuérdese que bastantes secciones sindicales de CCOO votaron en contra de la firma de estos Pactos, que la dirección de UGT se opuso y que incluso la Unión Provincial de Madrid lanzó una campaña en contra y que en el mes de noviembre de 1977 se celebraron en las principales ciudades manifestaciones en contra convocadas por UGT y otros sindicatos. También hubo contestación dentro del PCE, al igual que en el PSOE, en cuyo 28º Congreso, la tendencia izquierdista del partido planteó el incumplimiento con las bases al no consultarlas sobre los pactos. Sirva de dato significativo la noticia aparecida en *El País*, “Críticas al pacto de la Moncloa y su aplicación” (19/01/1978) donde se recogen las críticas que en la VIII Semana Económica Internacional del grupo Mundo realizaron personalidades del momento como Jaime Carvajal (banquero), Max Mazin y Agustín Rodríguez Sahagún (CEOE), Miguel Boyer (PSOE), Xavier Casassas (SOC), Manuel Zaguirre (USO), Eladio García Castro (PTE) y Jerónimo Saavedra (UGT).

más tranquilas contra posibles veleidades izquierdistas que todavía marcaban los miedos de su imaginario político. A su vez, las fuerzas de izquierda y los nacionalistas pensaron que la entrada en la Comunidad Europea garantizaba la irreversibilidad de la democracia y de las libertades.

Vale la pena, a este respecto, recordar los sondeos de opinión de aquellos años, e incluso remontarse a 1968 cuando el *Instituto de la Opinión Pública* realizó una primera encuesta en la que el 74% de los españoles ya se expresaba a favor del ingreso en la Comunidad Europea, con el dato revelador de que era mayor el porcentaje entre los jóvenes y aumentaba también conforme subía el nivel educativo. Con la democracia se pudo diferenciar entre los electores de modo que los sucesivos sondeos del *Centro de Investigaciones Sociológicas* manifestaron un dato importante, que los votantes de izquierdas y de los partidos nacionalistas eran más europeístas que las demás fuerzas políticas. En el sondeo de 1978 sólo el 43 por ciento de los votantes de Alianza Popular se mostró favorable a la adhesión a la Comunidad Europea, aunque subió su porcentaje a un 67 por ciento en 1983. Los votantes de Unión de Centro Democrático fluctuaron entre un 57 por ciento en 1978, con un pico del 70 por ciento en 1979, siendo del 60 por ciento en 1983. Por el contrario, los votantes del PSOE nunca bajaron del 68 por ciento a favor de la entrada en Europa, con picos de hasta el 81 por ciento, mientras que los del Partido Comunista de España estuvieron por encima del 72 por ciento en los distintos sondeos, y los de partidos nacionalistas por encima del 73 por ciento⁶.

En definitiva, lo que entendemos por modernización política y económica, así como el subsiguiente correlato de europeización de España, se constituyó en pauta irreversible de la vida sociopolítica a partir de 1977. Además, desde 1985, la mayoría de los españoles consideró que, al fin, se superaban aquellos constantes “fracasos históricos” que habían marcado el atraso con respecto a Europa. Se arrinconaba el castizo complejo de inferioridad envuelto en el supuesto orgullo de “ser diferentes”. Se esfumaron los lamentos jeremíacos sobre el subdesarrollo de España, la negra inquietud por detectar frustraciones de todo tipo en la historia española y también aquella literatura que, de

⁶ Datos en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (REIS), núm. 29 (1985), pp. 293-303. El análisis de las fluctuaciones de la opinión pública española sobre Europa desde 1981 hasta 1997, en B. BARREIRO e I. SÁNCHEZ-CUENCA, op. cit., pag. 30-37. Sobre la “emergente identidad europea en España” ver Roberto MESA: “La normalización exterior de España” en R. COTARELO, ed., *Transición política y Transición democrática 1975-1986*, Madrid, CIS, 1992.

mayor o menor calidad, había marcado de forma pesimista cuanto concernía al futuro de este país⁷. En contrapartida, los españoles comenzaron a verse con la normalidad de cualquier otro país europeo y eso tuvo sus impactos en los distintos niveles de la actividad social, desde la política a la cinematografía, desde la costumbre democrática de votar hasta los nuevos enfoques en la ciencia histórica, aunque la tendencia a resucitar cierta literatura del desastre se produzca con mayor o menor virulencia en determinadas coyunturas⁸.

Ahora bien ¿cómo se produjo esta nueva situación social, cultural y política en los años 80? ¿desde qué caminos se llegó a esa mayoría ciudadana que hizo suya la europeización, esto es, la modernización política y económica tan anhelada desde aquellos ilustrados del lejano siglo XVIII? La tesis que se plantea al respecto es doble. La primera, que en la forja del europeísmo ciudadano apenas se le puede conceder un peso efectivo a los debates que una gavilla de intelectuales prolongaron sobre el “problema” o el “enigma” o el “ser” de España en los años 40 y 50. En contrapartida, la segunda tesis consiste en defender que el camino hacia una modernización europeísta no sólo se fraguó desde la oposición a la dictadura sino también, y de modo muy significativo, desde el pragmatismo tecnócrata que se instaló en los ministerios económicos de la propia dictadura.

No fue un proceso pacífico ni exento de conflictos. Además, no se puede entender como tarea aislada ni de unos pocos líderes e intelectuales ni de unos pocos tecnócratas, sino que se desplegó como parte de las importantes transformaciones ocurridas en la propia sociedad española y también en la Europa occidental de los años 50 y 60. En esos cambios estuvo la intrahistoria de cuanto plantearon los pensadores de aquellas décadas, de cuanto diseñaron, por un lado, aquellos economistas del desarrollo, los “tecnócratas”, y, por otro, de cuanto debatieron los intelectuales de la oposición a la dictadura. Todos

⁷ Es imprescindible a este respecto el libro de Rafael NÚÑEZ FLORENCIO, *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

⁸ No es éste el lugar para desglosar la década de los años ochenta y su broche publicitario con los fastos de 1992; baste remitirse a las obras de Javier TUSELL, *Historia de España en el siglo XX. La transición democrática y el gobierno socialista*, Madrid, Taurus, 2007; J. TUSELL (coord.) *Historia de España Menéndez Pidal. La Transición a la democracia. La España de Juan Carlos I. (1975-2000)*. T. XLII Madrid, Espasa Calpe, 2004; Charles POWELL, *España en Democracia 1975-2000*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001; Alfonso GUERRA y José F. TEZANOS, dirs., *La década del cambio. Diez años de Gobierno socialista*, Editorial Sistema, Madrid, 1992.

con el común denominador de encontrar posibles soluciones para situar España en los parámetros de la normalidad europea del momento.

1. Ecos regeneracionistas, debates intelectuales y tensiones dentro de la dictadura.

Los ecos del debate regeneracionista persistieron lógicamente tras la guerra civil, pero con acentos muy marcados por la propia guerra. Los hubo entre los intelectuales de la dictadura y también entre los intelectuales exiliados. En el primer caso, se manifestó con la polémica entre los falangistas agrupados en torno a la revista *El Escorial* y los católicos vinculados al Opus que controlaban la revista *Arbor* del CSIC. Reflejaron las tensiones de las familias políticas en las que se apoyaba la dictadura militar de Franco y adquirió su más relevante expresión en la polémica entre Laín Entralgo y Calvo Serer sobre el *Problema de España*. Mientras tanto, desde el exilio, el debate lo protagonizaban dos historiadores para dilucidar el *Ser de España*. Sánchez Albornoz y Américo Castro catalizaron una reflexión historiográfica que no ha dejado de mantenerse viva porque trataba de dilucidar nada menos que la preexistencia de un carácter nacional y porque, además de engarzar con el regeneracionismo, planteaba la identidad de un país sangrientamente escindido en dos. Por otro lado, Salvador de Madariaga, crítico con los dos bandos en lucha y exiliado desde el mismo año 1936, adquiriría un peso destacable al ser uno de los cofundadores, en 1949, del Colegio de Europa en Brujas, que militaba a favor de construir una ciudadanía europea⁹.

Ambas polémicas apenas traspasaron los muy restringidos círculos de los intelectuales concernidos. La censura fue una realidad cultural que no se puede obviar, y, por tanto, el debate de los intelectuales exiliados no tuvo eco hasta más tarde y siempre de un modo limitadísimo. Esa misma censura también afectó, aunque no con idéntica fuerza, al debate interno entre falangistas y católicos. Sin que proceda abordar todos los aspectos de tales debates, suficientemente estudiados¹⁰, conviene recordar algunas

⁹ Fue autor de una obra reveladora al respecto: Salvador DE MADARIAGA, *Bosquejo de Europa*. México-Buenos Aires, Hermes, 1951 (reed. con *Estudio introductorio* de José M^a Beneyto en Madrid, ed. Encuentro, 2010).

¹⁰ Entre historiadores ha sido larga la prolongación del debate entre A. Castro y C. Sánchez Albornoz, con numerosas referencias posteriores, de las que se podrían recordar las de Henri LAPEYRE, “La polémica Castro-Sánchez Albornoz” en *Ensayos de Historiografía*, Valladolid, 1978, pp. 77-90 y la de José M. CUENCA TORIBIO, “El legado historiográfico de Claudio Sanchez Albornoz”, en *Hispania: Revista*

cuestiones. Por lo que se refiere al debate entre falangistas y católicos, tal pugna hay que contextualizarla en la rivalidad por controlar las instituciones del nuevo Estado, sobre todo las instituciones educativas y científicas. Tanto Laín Entralgo como Calvo Serer fueron jóvenes catedráticos en la recién purgada universidad, el primero especializado en historia de la medicina y de la ciencia española, y el segundo en filosofía. Laín publicó en 1949 una voluminosa recopilación de artículos que tituló *España como problema*, escritos como reflexión de quien tuvo que elegir entre dos formas antagónicas de ver la sociedad pero que, tras diez años de victoria, ya pensaba que había que entender a los derrotados pues también eran parte de España. Eso sí, seleccionando el legado cultural de los vencidos, de lo que buena muestra dio con el número extraordinario que ese mismo año de 1949 dedicó como director de *Cuadernos Hispanoamericanos* a Antonio Machado del que silenció su compromiso político. Así pensaba que se podía resolver el problema de las dos Españas, con una síntesis en la que los vencedores acogían a los vencidos como creadores culturales, de ningún modo en la faceta política. Sin duda, hacía de Europa la respuesta al pasado español y en su diagnóstico coincidieron otros intelectuales falangistas, como fueron Antonio Tovar, Torrente Ballester, Vivanco, Panero y sobre todo el que más destacaría en esa apertura, Dionisio Ridruejo.

Era un cambio, sin duda, pero la respuesta de Calvo Serer fue tan inmediata como rotunda: el título de su libro no dejaba lugar a dudas, *España sin problema*, que significativamente recibió el premio nacional de ensayo “Francisco Franco” el mismo año 1949. Su tesis era básica e intransigente: la unidad lograda con la victoria de 1939 había borrado todo cuanto era ajeno al “ser español” y no cabía rescatar ahora ni por asomo cuanto pudiera ser nuevo elemento de discordia, porque lo propio de España era la tradición católica sin mezclas de liberalismos extranjerizantes. España ya no tenía ningún problema y no tenía por qué plantearse ni la más mínima integración de aspectos relacionados con ideologías liberales o comunistas¹¹. Posteriormente evolucionaría este autor, pero no es su cambio político lo que interesa subrayar ahora sino su posición de poder en los ámbitos culturales de la postguerra, pues no sólo dirigía la revista *Arbor*,

española de historia, Vol. 45, N° 159, 1985, pp. 191-199. Para el debate entre Laín y Calvo Serer, ver Santos JULIÁ, *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, cap. 9, en especial pp. 358-366.

¹¹ Revelador a este respecto fue la obra con la que terció Juan J. LÓPEZ IBOR, *El español y su complejo de inferioridad*, Madrid, Rialp, 1951.

editada por el CSIC¹², sino que el diario *Arriba* jaleó sus posiciones contra las tesis de Laín. Sólo Dionio Ridruejo apoyó a Laín.

Tal era el dominio del catolicismo integrista a principios de los cincuenta en España¹³. Mientras tanto, en 1948 Américo Castro había publicado su obra *La realidad histórica de España*, en la editorial Losada, en Buenos Aires. Abrió un debate importante pero siempre circunscrito a los círculos intelectuales. Llegó también al interior de España porque fue un libro reeditado varias veces y sobre todo porque provocó la respuesta de su antiguo colega del Centro de Estudios Históricos, el historiador medievalista y comprometido republicano Claudio Sánchez Albornoz, quien en 1956 publicó también en la editorial Losada su monumental obra de *España, un enigma histórico*. Aunque un historiador la ha catalogado como “una de las polémicas más intensas, más envenenadas, más castizas y, por decirlo de una vez, más absurdas del pensamiento español contemporáneo”¹⁴, no cabe desdeñarla; ha logrado mantener una larga prolongación historiográfica sobre los rasgos propios de la identidad nacional para definir el “ser de España y de los españoles”. Es un asunto que no ha dejado de estar vivo, incluso en la actualidad¹⁵. Ambos eran republicanos y ambos pensaban que la historia servía para desentrañar el ser de España.

En todo caso, no incidieron en aquel momento en la renovación historiográfica que, sin embargo, se inició desde el interior, sobre todo desde Barcelona, de la mano de Vicens Vives, con unos planteamientos de mayor calado para superar el debate ontológico sobre la esencia de la nación española. Ante todo, impulsó la europeización, esto es, la modernización de una historiografía que se encontraba anquilosada, aunque hubiese individualidades meritorias pero aisladas en la universidad española. Su tarea de introductor de cuantas innovaciones metodológicas se albergaban bajo el rótulo de “Escuela de los *Annales*” hay que destacarla, sin duda, por el impacto a medio y largo plazo que tuvo en la universidad española, porque, en efecto, Vicens creó escuela y, por

¹² Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

¹³ Cfr. Jordi GRACIA, *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Barcelona, Anagrama, 2006.

¹⁴ Javier VARELA, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Madrid, Taurus, 1999, p. 305.

¹⁵ Cfr. Serafín FANJUL, *Al-Andalús contra España. La forja de un mito*, Madrid: Siglo XXI, 2000; y Eduardo SUBIRATS, (coord.), *Américo Castro y la revisión de la memoria (El Islam en España)*. Madrid, Ediciones Libertarias, 2003.

tanto, no fue un ser aislado sino muy implicado en que sus conocimientos de historiador repercutiesen en los ámbitos socioculturales y políticos del momento¹⁶. Pero sobre todo interesa destacar que Vicens Vives concidió con el diagnóstico regeneracionista de Costa de europeizar España, pero, sin embargo, se distanció en las soluciones. En la temprana fecha de 1952, cuando publicó su *Aproximación a la historia de España*, rescató las propuestas de lo que llamó “los periféricos [del 98], sobre todo los catalanes, [que] predicaron una solución optimista, constructorista, económica, burguesa e historicista”, mientras que “los castellanos, en cambio, se caracterizaron por su pesimismo trascendente, curtido en una actitud nacionalista, utópica y telúrica”¹⁷.

No cabe duda de que en diez años, desde 1950, cuando asistió al Congreso de París de Ciencias Históricas, hasta su temprana muerte en 1960, la actividad de Vicens fue más allá de la del historiador dedicado a renovar su oficio universitario. Baste con dejar constancia de que en esos diez años su extraordinaria personalidad pulsó los distintos ámbitos de la sociedad catalana e impulsó inquietudes de liberalización y europeización que dejaron huella. Distinto fue el transcurrir de otros pensadores que es justo recordar, como fueron Julián Marías en el interior y Francisco Ayala y María Zambrano en el exilio. También hicieron de la idea de Europa el fundamento de una cultura española renovada y universalizable¹⁸, en la estela del legado de los regeneracionistas y de Ortega, pero no dejaron de ser obras y propuestas con un eco enormemente limitado a ciertos círculos intelectuales.

En este orden de cosas, por lo que se refiere a los debates entre intelectuales, adquirió un importante impacto sociopolítico la división entre falangistas integrados en el poder dictatorial y aquellos otros que se distanciaron críticamente del régimen e incluso se acercaron a posiciones liberales, como fue el caso más sonado y mejor estudiado de Dionisio Ridruejo¹⁹. Por otra parte, también entre los católicos se produjo una diferencia perceptible entre los católicos vinculados a la ACNP (los “propagandistas”) que se

¹⁶ Josep M^a MUÑOZ Y LLORET, *Jaume Vicens i Vives (1910-1960): una biografía intelectual*, Barcelona, Ediciones 62, 1997.

¹⁷ *Ibidem*, p. 242

¹⁸ Para los planteamientos de Julián Marías y María Zambrano, ver análisis de José María BENEYTO, *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Madrid, Taurus, 1999. Sobre F. Ayala, autor de una amplia producción literaria, sociológica y política, un balance en el monográfico de la revista *Anthropos*, n.º 139, diciembre, 1992; y S. del CAMPO, (ed.), *Francisco Ayala, sociólogo*. Madrid, Instituto de España, 2007.

¹⁹ Jordi GRACIA, *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Anagrama, 2008.

abrieron a posiciones liberales y europeístas, con el ministro Ruiz-Giménez a la cabeza, y un nuevo grupo de católicos asociados al Opus Dei que se hicieron progresivamente con el control de los ministerios económicos de la dictadura, europeístas sólo en lo económico. Baste enunciar, por otro lado, la importancia de la revista *El Ciervo*, publicada desde 1951 en Barcelona que, inspirada por la revista francesa *Esprit*, dirigida por el teólogo Emmanuel Mournier, impulsó un cristianismo para los no pudientes, con propuestas que bebían de Europa propuestas cosmopolitas de tolerancia al margen de una jerarquía anclada en el tradicionalismo nacionalista²⁰.

De igual modo, hay que recordar la revista *Laye*, publicada de 1950 a 1953. Incluyó trabajos de jóvenes como Manuel Sacristán y Josep Maria Castellet que abordaron el papel de los intelectuales en la sociedad con una evidente añoranza por la eclosión cultural de la segunda República. Se constataba el afán de romper con el aislamiento cultural para integrarse en el pensamiento europeo del momento²¹. Aunque se podría traer a colación también la revista *Alcalá*, editada por el SEU desde 1952 a 1955, por cobijar atisbos de liberalismo y tratar de superar el debate del “problema de España”, lo cierto es que mantuvo en sus páginas un fuerte integrismo antieuropeizante que persistía en mantener vivo el significado de la victoria de 1939. Lo cierto es que en la década de los años 50 el europeísmo español adquirió nuevos matices, a pesar de las proclamas de Calvo Serer y se produjeron diversas iniciativas, muy limitadas pero sintomáticas, como las del Centro de Intercambios Culturales Europeos que se reunía en el café Lyon de Madrid, el Instituto de Estudios Europeos constituido en Barcelona, la Sociedad de Estudios Económicos Españoles y Europeos formada por el ex ministro y economista José Larraz²². Pero destacaron sobre todo los grupos de oposición antifranquista que se cobijaron bajo asociaciones europeístas como la Asociación Española de Cooperación Europea, creada en 1955 por sectores demócratacristianos o la Asociación para la Unidad Funcional de Europa, en ese mismo año, por iniciativa de Tierno Galván. Justo un año antes, un catedrático de pensamiento político, Luis Díez del Corral había publicado una obra significativa, *El rapto de Europa*, para diagnosticar que, frente a los

²⁰ J. A. GONZÁLEZ CASANOVA, (ed.), *La revista El Ciervo*. Barcelona, Península, 1992.

²¹ C. RIERA, *La escuela de Barcelona*. Barcelona, Anagrama, 1988.

²² José LARRAZ, *Estudios sobre la unidad económica europea*, 9 vols., Madrid, 1951; y también, *La Integración Europea y España*, Madrid, 1961. Coordinó un grupo de estudio sobre los efectos que tendría para España su posible integración económica con otros países de Europa; estaba financiado por los cuatro bancos privados de mayor tamaño, pero Larraz dimitió en 1960 de esa tarea de coordinador de los estudios cuando dejó de ver con optimismo la posible asociación con la CEE.

que se obsesionaban con las diferencias de lo español, cabía establecer precisamente lo contrario, que España llevaba en su seno la identidad europea²³. De igual modo, en los años 50 el catedrático José Antonio Maravall apuntaba a las democracias europeas como solución para España y postergaba cuanto sonara a casticismo o a esencialismo culturales heredados de los románticos. En los años 60 ya se le puede considerar un declarado liberal europeísta, opuesto al autoritarismo de los tecnócratas que defendía el desarrollo económico sin libertades políticas²⁴. Por otra parte, también desde un espacio académico, el *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político* de la Universidad de Salamanca (editado entre 1954 y 1964), fundado por Tierno Galván, de ideas socialistas, abrió vías de conexión con la cultura alemana y francesa que serían muy influyentes en los medios universitarios en la siguiente década²⁵.

En este contexto de subversión interior, muy ceñido a círculos universitarios, pero expresión de nuevas inquietudes de las élites intelectuales, hay que entender el valor de la revuelta estudiantil de 1956 que, junto a otros acontecimientos, puede servir de fecha inicial para plantear las cuestiones que se abordan en el siguiente epígrafe²⁶. En conclusión, a partir de 1956 y sobre todo desde 1959 se podría plantear la hipótesis de que persisten en gran medida los motivos y las inquietudes intelectuales lanzadas por el regeneracionismo pero cambió la forma de reflexionar sobre las relaciones entre la realidad española y la europea. Ya no preocupó tanto el ser de España y su vinculación cultural con la Europa de la razón, sino que se impusieron las preocupaciones por la economía y la política ante el reto de la organización de la Comunidad Económica Europea firmada en el Tratado de Roma de 1957. Se postergaron los rechazos preindustriales a Europa y el debate pasó a manos de otros nuevos intelectuales, en especial de economistas sólidamente formados y de políticos que pensaron que el destino del pueblo español no estaba vinculado inevitablemente a la tragedia. Se puso

²³ La obra de Díez del Corral fue reseñada por José Antonio Maravall para destacar que, frente a las tesis de Sánchez Albornoz, “el enigma de España tiene una solución: Europa” (publicada en José Antonio MARAVALL, *Menéndez Pidal y la historia del pensamiento*, Madrid, Ed. Arion, 1960, pp. 176-205) tal y como recoge Javier VARELA, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999.

²⁴ Javier VARELA, op. cit., p. 359 y ss.

²⁵ Para estas revistas e iniciativas, ver Jordi GRACIA, *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1962)*. Tolosa, Presses Universitaires du Mirail, 1994; y Elías DÍAZ, *Pensamiento español en la era de Franco*, Madrid, Tecnos, 1983.

²⁶ Sobre la revuelta universitaria de 1956 y sus consecuencias, Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, Miguel A. RUIZ CARNICER y Marc BALDÓ, *Estudiantes contra Franco (1939-1975)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007; y Pablo LIZCANO, *La generación del 56: La universidad contra Franco*. Barcelona, Grijalbo, 1981.

así en marcha la *europización* de España desde distintos frentes, sin añoranzas imperiales y con el pragmatismo de superar el notorio atraso que existía con respecto a una Europa libre y pujante.

2. De 1956 a 1962: cambios sociales y Europa en el horizonte.

Desde la revuelta univertaria de 1956 hasta que oficialmente el 9 de febrero de 1962 el ministro de Asuntos Exteriores, Castiella, solicitó a la Comunidad Económica Europea (CEE) la “asociación [de España] susceptible de llegar en su día a la plena integración”, transcurrieron cambios importantes que procede desglosar. Sin olvidar que, ni siquiera para los ideólogos de la dictadura en su versión más autárquica, Europa había dejado de ser un referente. Sin embargo, Europa, al dar el paso del Tratado de Roma en 1957, se convirtió económicamente en necesidad para una España que no podía seguir aislada. También Europa significaba el medio para salir del atraso enviando excedente de mano de obra y mejorando la balanza comercial. Políticamente, para la oposición, Europa se hizo claramente la alternativa y la meta para desmontar la dictadura, fue el único punto en común para todas las fuerzas antifranquistas del exilio y del interior. Así, las nuevas realidades que se anudaron entre 1956 y 1962, tanto en la sociedad española como en la europea, volvieron a contraponer los conceptos de España y de Europa. Frente a la España situada en el atraso económico y el autoritarismo de una dictadura, era palpable el pujante desarrollo económico de una Europa construida sobre la libertad, la democracia y también con la solidaridad de los Estados de Bienestar. De nuevo, la modernización se hizo urgente y eso exigía tanto un nuevo rumbo económico como el postergamiento del casticismo cultural y político imperante entre los vencedores.

De la complejidad de los cambios que se produjeron en la sociedad española en esos seis años, cabe destacar los hechos que, a mi entender, fueron claves. Sin duda, la emigración de trabajadores que dejaron de mirar hacia América para dirigirse a Europa de forma masiva, con los efectos socioculturales y económicos que supusieron para España. De igual modo, hay que destacar el Plan de Estabilización de 1959 no sólo por sus efectos socioeconómicos sino también para subrayar el peso de aquel núcleo de economistas cuyo protagonismo se mantuvo hasta la democracia misma, con la figura de Fuentes Quintana como arquetipo de un nuevo intelectual que ya no se encuentra atado por los ecos angustiosos del regeneracionismo. Otros factores destacables de los

cambios en marcha estuvieron en el despegue de la educación, por un lado, y, por otro en la llegada creciente de turistas, con el consiguiente impacto en las mentalidades que ambos procesos desplegaron. Además, sectores importantes de la Iglesia católica, sobre todo sus organizaciones más ligadas al mundo laboral, se separaron claramente de las directrices de la dictadura. En tal contexto fue en el que la ideología del europeísmo se afianzó en estos años de finales de los 50 y primeros años 60. El europeísmo se hizo bandera común para todos los grupos de la oposición antifranquista, desde los democristianos y liberales hasta el Partido Comunista cuyo protagonismo creció desde que aprobó en 1956 una política de reconciliación para superar la división de las dos Españas de la guerra y sobre todo por su práctica entrista dentro del nuevo movimiento sindical de las Comisiones Obreras.

Junto a estos factores, no hay que olvidar ni los Acuerdos firmados con los Estados Unidos en 1953, ni la aceptación de España en organismos internacionales, ni la forzada descolonización de Marruecos, al socaire de la iniciativa francesa, ni el impacto del Tratado de Roma por los fundadores de la Comunidad Económica Europea. En definitiva, Europa o, en concreto, la entrada en la Comunidad Económica Europea se convirtió para todos en el horizonte que permitiría salir del atraso económico y avanzar en la modernización social, aunque los tecnócratas del régimen franquista no pensaban en ese momento en la necesidad de dar paso además a una política democrática. En este punto, en las libertades democráticas, es donde se estableció la divisoria entre unos y otros, pero también es necesario subrayar las coincidencias básicas para entender, en gran medida, cómo se llegó en 1977 al consenso que hizo posible la transición democrática sin excesivos traumas.

Ahora bien, si estos factores expresaron los diferentes modos de situarse ante Europa en esos años de cambio dentro de la dictadura, conviene no olvidar que tales hechos se enraizaron en procesos más profundos que les dieron impulso y soporte. Se podrían traer a colación distintos indicadores de las transformaciones sociales que se estaban operando. Fueron cambios en esa intrahistoria unamuniana que con frecuencia se soslayan. Por ejemplo, la tasa bruta de mortalidad, que en la década 1941-1950 había sido de 12,96 por mil, bajó, sin embargo, entre 1951-1960 a un 9,56 por mil²⁷. Pero hay

²⁷ Datos en Anna CABRÉ, Andreu DOMINGO i Teresa MENACHO, “Demografía y crecimiento de la población española durante el siglo XX”, en M. PIMENTEL SILES, *Mediterráneo Económico*, 1,

otro dato más llamativo socialmente: el despegue de la enseñanza secundaria que, tal y como ha analizado Julio Carabaña, se produjo después de la guerra civil y sobre todo en los años cincuenta. De un bachillerato que en 1939 sólo cursaban un 10% de los hombres y un 5% de las mujeres, se pasó al de 1970, cuando ya lo estudiaban casi la mitad de todos los jóvenes de ambos sexos. Más aún, la escolarización secundaria de las mujeres aconteció en España, sobre todo entre 1950 y 1970. Un hecho que se asentó sobre el cierre del proceso de escolarización primaria universal que, “comenzado en el siglo XIX con la gradual escolarización de los hijos primero y de las hijas poco después de las clases obreras y campesinas, [avanzó] hasta completar la escolarización de las hijas de obreros agrarios nacidas a mediados de siglo”.²⁸

La tesis de J. Carabaña, que el crecimiento del bachillerato “precedió más que sucedió al de la industrialización”, plantea una explicación no sólo a partir de las expectativas crecientes fruto de los cambios en el mercado de trabajo producidos por la industrialización, sino que sobre todo introduce distintas variables sociales y políticas. Entre éstas, subraya el factor ideológico del valor de la enseñanza para las diversas familias políticas que dieron soporte a un Estado totalitario que debía “movilizar todos los recursos materiales y humanos, superando las divisiones entre los hombres y entre las tierras”. La distintas familias políticas de la dictadura, en efecto, concedieron gran importancia a la enseñanza como medio para lograr “tanto [la] unidad ideológica como [la] justicia social”²⁹. Con independencia de las diferencias entre falangistas y católicos, el resultado consistió en idénticas retóricas y en unas políticas incipientes para la igualdad de oportunidades³⁰.

Se partía del principio de la educación como derecho y como deber de modo que, tal y como argumenta J. Carabaña, “la misma ideología de unidad y grandeza nacional que unificó la acción de las elites estratégicas para el desarrollo económico contribuyó también a la toma de conciencia entre las elites políticas de la importancia de la

Monogràfic: Procesos Migratorios, economía y personas, pp. 121-138, Almería, Caja Rural Intermediterránea. Cajamar, 2002.

²⁸ Julio CARABAÑA, “El desarrollo del bachillerato durante el franquismo”, en *Lo que hacen los sociólogos: homenaje a Carlos Moya Valgañón*, Madrid, CIS, 2007, pp. 595-628.

²⁹ *Ibidem*, p. 598.

³⁰ El Fondo Nacional para el Fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades comenzó a ofertar becas para estudiar bachillerato y enseñanzas universitarias en el curso 1961-1962, y de poco más de 13.000 becas pasó a ofertar casi 80.000 en el curso siguiente, con datos crecientes a lo largo de toda la década (Ley 45/1960 de 21 de julio de 1960, BOE de 23/07)

enseñanza y de su difusión entre las masas”, a lo que se sumó también la pervivencia “entre las clases medias ilustradas y entre las clases obreras el fervor por la educación característico de las ideologías socialistas y anarquistas”. De este modo, la derrota de la izquierda no supuso borrar sus ideas, por más que la represión lo intentase, y por eso Carabaña adelanta una hipótesis muy sugestiva, cómo, en unas circunstancias económicas adversas, en los años 40 y 50, el “fervor educativo de la izquierda” pudo promover el recurso a la escuela “como estrategia individual de movilidad social tras el fracaso de la estrategia colectiva que fue el intento de revolución”, para concluir que “las dos Españas, no una de ellas, se habrían vuelto en esta conjetura hacia el trabajo y hacia la enseñanza desde sus experiencias, tan distintas y pese a ello tan iguales, en la Guerra Civil”³¹. Además, con un hecho novedoso que destaca J. Carabaña, que si en el bachillerato los hombres crecieron más que las mujeres, de modo que las diferencias entre sexos aumentaron, sin embargo entre hombres y mujeres de clase obrera se produjo un crecimiento por igual en el bachillerato.

En este sentido, hay otro cambio en la intrahistoria que es justo rescatar. Precisamente en 1961 se decretaron normas que introdujeron reformas significativas en la vida civil y laboral de las mujeres. Ante todo, se postergó la ideología del Fuero de los Españoles que trataba de sacar a la mujer de la fábrica o del trabajo fuera de casa para recluirla en la familia. Ahora se legisló para abrir las fábricas y empresas al trabajo femenino. Ya se habían abierto las aulas de bachillerato y se estaban abriendo las aulas universitarias. Era un cambio en sincronía con las demás realidades. Aunque se mantuvo la tutela de los padres para las solteras, y la de los maridos para las casadas, lo cierto es que las mujeres también eran las protagonistas del éxodo rural a las ciudades, y de la emigración a Europa. Aumentó a un 20% el porcentaje de mujeres en el mercado de trabajo, tanto en las industrias como en los servicios³². En este contexto se produjo la ley de 22 de julio de 1961 que descartó la discriminación laboral por sexo. Desde entonces las sucesivas reglamentaciones de trabajo y ordenanzas laborales dejaron de contener cláusulas de despido por matrimonio. Así, las trabajadoras que se casaban

³¹ J. CARABAÑA, op. cit.

³² Un balance de los cambios en la condición de la mujer, Manuel ORTIZ HERAS, “Mujer y dictadura franquista”, en *Aposta. Revista de ciencias sociales*: <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/ortizheras.pdf> n° 28, Mayo, 2006 [consultado el 21-XII-2010]. También Elisa GARRIDO (ed.), *Historia de las mujeres en España*, Madrid, Síntesis, 1997; y, en concreto, para la organización política de las mujeres, Francisco ARRIERO RANZ, “El movimiento democrático de mujeres: de la lucha antifranquista a la conciencia feminista (1964-1975)”, en *Congreso La Transición de la Dictadura franquista a la democracia*, Barcelona, 2005, pp. 253-263.

podía optar desde entonces por tres vías: continuar en su trabajo, tomarse una excedencia temporal (de uno a cinco años) para dedicarse a la familia, o, por último, acogerse a una excedencia permanente, con las consiguiente indemnización³³.

Además, el peso de una realidad insólita, la de mujeres llenando cada año en número creciente las aulas universitarias, se reflejó en la norma de 1966 que les permitió ejercer como magistrados, jueces y fiscales de la Administración de Justicia. Fueron años con una nueva horanda de escritoras con un papel destacable en la palestra pública, por primera vez casi en la historia de la cultura, pues coincidieron nombres de la calidad de Carmen Martín Gaité, Ana María Matute y Mercé Rodoreda, por citar las más conocidas. En este orden de cosas, es necesario recordar la explosión comercial de las novelas rosa de Corín Tellado de los años 50 y 60 porque, tal y como han destacado los estudiosos de este fenómeno sociológico, reflejaba una cierta rebelión contra el modelo patriarcal e incluso la expresión pública del afán de libertad sexual³⁴.

Semejante realidad de las mujeres tanto en la educación como en el trabajo y en las relaciones sociales, junto con la citada extraordinaria corriente emigratoria a Europa y el impacto del turismo en las ciudades y costas españolas explicarían, en gran medida, ese progresivo camino hacia la modernización. Fue el escenario de los debates que se produjeron en los medios intelectuales y políticos; también el impulso para las reconducciones liberalizadoras de la economía española y para la apertura escalonada hacia las instituciones internacionales desde finales de los años cincuenta. En efecto, por lo que al objeto de estas páginas interesa, hay que destacar el afianzamiento de las opciones tecnocráticas dentro de la dictadura con los cambios de gobierno que hizo Franco a partir de 1956 y 1957. Estuvieron relacionados no sólo con la revuelta estudiantil o con el agotamiento del modelo autárquico sino además con las expectativas que suscitó el horizonte de Europa en la clase media surgida con la creciente industrialización de aquellos años 50. Las elites de aquel entonces no juzgaron contradictoria la adhesión a la dictadura y el afán por integrarse en la recién constituida Comunidad Económica Europea. De hecho, pensaron que esa CEE propiciaba un

³³ Celia VALIENTE FERNÁNDEZ, “La liberalización del régimen franquista: la Ley de 22 de julio de 1961 sobre derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer”, en *Historia Social*, nº 31, 1998, pp. 45-65.

³⁴ Alicia REDONDO GOICOECHEA, *Mujeres y narrativa, otra historia de la literatura*. Madrid, Editorial Siglo XXI, 2009; y también Andrés AMORÓS, *Sociología de una novela rosa*, Madrid: Taurus, 1968.

desarrollo económico técnico sin más implicaciones políticas. La realidad se encargaría de sacudir esa pretensión.

No se puede atender en estas páginas la elaboración de los nuevos discursos legitimadores de la dictadura que, por más que se engalanasen de una retórica tecnócrata y pragmática, no pudieron abandonar el discurso originario de la victoria contra la República y contra sus contenidos políticos, incluyendo la condena del liberalismo. Los sectores tecnócratas y también otros grupos católicos integrados en la dictadura percibieron, sin duda, en la CEE la posibilidad de entrar en la prosperidad económica, pero no dejaron de pensar que ésta también serviría de parapeto contra el comunismo, una obsesión ideológica que no desapareció en ningún momento³⁵. En este sentido, hay que recordar el debate que provocó entre franquistas y antifranquistas el libro de Gonzalo Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, publicado en 1965 probablemente influido por la obra del sociólogo norteamericano Daniel Bell que en su libro *El Fin de las ideologías*, de 1960, lanzaba la tesis de que las ideologías del siglo XIX ya no cumplían ningún papel en la nueva sociedad capitalista, pues ésta caminaba hacia una organización cada vez más tecnocrática y burocratizada.

En efecto, Fernández de la Mora era un diplomático, con responsabilidades primero bajo la dirección de López Rodó y luego ministro de Obras Públicas en 1970, un departamento nada casual para quien defendía lo que se llamó “el Estado de obras”. Así, en el libro publicado en 1965 en la editorial Rialp, vinculada al Opus Dei, exployó sin tapujos el determinismo economicista propio de los tecnócratas entre los que se incluía. Defendía que cuanto mayor fuese el desarrollo económico de una sociedad y, por consecuencia el nivel cultural, menos necesarias serían las ideologías para gobernar. Bastaría, por tanto, gobernar con criterios racionales o científicos³⁶. Obviamente le llovieron las críticas desde las propias filas franquistas, y más aún desde la izquierda en un debate que sólo nos cabe enunciar. Lo importante en estas páginas es destacar cómo desde las filas del franquismo se desarrolló un europeísmo económico no sólo obviando

³⁵ Pedro C. GONZALEZ CUEVAS, "Neoconservatismo e identidad europea", en *Spagna Contemporanea*, 13 (1998), pp. 39-60; y Antonio MORENO JUSTE, "Reacción del nacionalcatolicismo ante los inicios de la construcción europea: la constitución de un europeísmo oficial", en J. Tusell, J. Gil Pecharrómán y F. Montero, *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993.

³⁶ Ver Pedro C. GONZÁLEZ CUEVAS, "Gonzalo Fernández de la Mora y el pensamiento del exilio" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 121 (2007) vol. Extraordinario, pp.121-130.

la democracia sino defendiendo incluso que las exigencias de cambio político eran cuestiones obsoletas.

Por eso, llegados a este punto, conviene desbrozar las líneas generales del pensamiento tanto de la tecnocracia franquista como de la oposición antifranquista, porque el horizonte europeo se impuso en ambos casos como futuro. Para los primeros, por la vía exclusivamente economicista, y para la oposición como la salida necesaria para terminar con la dictadura. En definitiva, Europa significaba, no cabe duda, modernización en todas sus dimensiones, realismo emancipador y una identidad desde la alteridad³⁷.

3. Los intelectuales de la tecnocracia: convergencia de falangistas y opusdeístas.

Sin duda, en las medidas para el desarrollo económico bajo la dictadura fueron decisivos personajes políticos como Castiella, Navarro Rubio, Ullastres y López Rodó, vinculados al catolicismo del régimen, pero hay que elevar al mismo nivel de responsabilidad y protagonismo a aquellos economistas que, bajo el liderazgo de Joan Sardà i Dexeus³⁸, impulsaron el cambio económico en España con el Plan Nacional de Estabilización Económica que la dictadura aprobó en 1959. De aquella gavilla de expertos, muchos ya son parte de la historia del pensamiento económico en España. Cabe destacar sobre todo al citado Joan Sardà, cuya trayectoria académica se había iniciado bajo la República, y junto a él los jóvenes E. Fuentes Quintana, Angel L. Rojo, Fabián Estapé, José Luis Sampedro, Félix Varela, Manuel Varela, José Luis Ugarte, Sánchez Pedreño, Ortiz García, José Carlos Colmeiro, J. Alcaide Inchausti y un no muy amplio etcétera de economistas.

Fue una hornada de intelectuales de las ciencias económicas que tuvo clara la necesidad de transformar una España atrasada, todavía predominantemente rural, en un país con cotas de desarrollo homologables a las de los países que se habían constituido en Comunidad Económica Europea. Arrumbaron, ante todo, las ideas autárquicas y supieron convencer a los dirigentes políticos para llevar a cabo la estabilización

³⁷ Ver el análisis de Paloma GARCÍA PICAZO, *La idea de Europa: historia, cultura, política*, Madrid, Tecnos, 2008.

³⁸ Ver E. FUENTES QUINTANA, "Estudio introductorio" a J. SARDÀ DEXEUS, *Escritos (1948-1987)*, Madrid, Banco de España, 1987.

económica y los planes de desarrollo. En el largo plazo, cabe destacar de aquellos jóvenes expertos las trayectorias de E. Fuentes Quintana, Fabián Estapé y Angel Luis Rojo, porque, con distintas responsabilidades e impactos de diferente calibre, cumplieron tareas relevantes en los momentos de transición a la democracia y en el proceso de integración definitiva en Europa. En todo caso, sin olvidar de ningún modo que el protagonismo e influencia intelectual de Joan Sardà fueron decisivos³⁹.

En efecto, aunque el cambio de gobierno que realizó el dictador en 1957 obedecía a razones internas, no cabe duda de que la creación en ese mismo año de la Comunidad Económica Europea obligó al nuevo gabinete ministerial a posicionarse al respecto. Desde ese momento se puede hablar con claridad dentro del régimen franquista de un sector abiertamente proclive a Europa, sólo que en el aspecto estrictamente económico. Ahí estuvieron los llamados tecnócratas, el ministro de Hacienda M. Navarro Rubio, el de Comercio, Alberto Ullastres, el ministro de Exteriores Fernando M^a Castiella y el secretario general técnico de la Presidencia del Gobierno, Laureano López Rodó. Fueron los artífices de la integración de la economía española en el sistema de libre mercado, impusieron el Plan de Estabilización y además siempre pensaron que España no debía quedarse fuera de la CEE. Ciertamente es que se trataba de un europeísmo limitado a su dimensión económica, pero sin duda Europa comenzó a ser aceptada por el resto de los poderes de la dictadura como un horizonte inevitable a medio y largo plazo⁴⁰.

Propio de un sistema dictatorial es que las decisiones no vengan avaladas por consensos políticos sino más bien por circuitos de proximidad a los centros de decisión, en este caso muy jerarquizados en torno al dictador. Por eso fue clave el papel de ciertos ministros muy cercanos a Carrero Blanco y, por tanto, al propio Franco, y subsiguientemente el grupo de técnicos amparados por esos ministros de carteras económicas. En este sentido, la autoría intelectual hay que atribuirla a esos economistas y expertos ya citados en los que confiaron tanto Mariano Navarro Rubio como Alberto Ullastres y Laureano López Rodó, igualmente cualificados expertos en economía y en

³⁹ Cfr. Carmen MARTÍNEZ VELA, *Joan Sardà, economista*, Madrid, Alfa Centauro, 2000; y también el testimonio de las personas que trabajaron bajo sus directrices: Enrique FUENTES, Fabià ESTAPÉ y Juan VELARDE, “Joan Sardà Dexeus y sus aportaciones a los estudios económicos y a la economía española”, en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y economistas españoles*. Vol. 7, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999, pp. 367-380.

⁴⁰ Un estudio detallado en Jesús M. ZARATIEGUI, *Una Europa para dos Españas. Primeros pasos hacia la integración (1957-1963)*, Pamplona, Eunsa, 2010.

ciencias de la administración⁴¹. En su mayoría procedían de la joven Facultad de Ciencias Económicas y Políticas de Madrid o de la recién creada Facultad de Barcelona⁴². Sus nombres deben figurar con pleno derecho en la nómina de la intelectualidad española del momento, aunque no escribieran ensayos ni regeneracionistas ni apocalípticos ni manifestaran afanes literarios. No siguieron la estela de quienes se dolían por los males de España ni se angustiaban por la esencia de lo español. Miraron la realidad con afán científico. Como científicos sociales estudiaron cuanto se investigaba y planteaba en la ciencia económica de las sociedades más desarrolladas y aplicaron el método empírico para entender la sociedad española, sin metáforas, sin estilos brillantes, con la sencillez de los números, de la estadística y de conclusiones contrastables. No era un empirismo estrecho sino que pensaban que, más que hablar por hablar, había que fundamentar las propuestas de mejora social con rigurosa racionalidad, a sabiendas de las limitaciones de los cálculos y las cifras. Por eso su continuo contacto con los expertos internacionales y su continua mirada a lo que ocurría en los países de la CEE. Países que además abrían ya sus fronteras para recibir el excedente de mano de obra rural española.

Simultáneamente, ese año del cambio de gobierno de 1957, España ingresaba en el Fondo Monetario Internacional, en el Banco Mundial y en la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE, antecedente de la OCDE), con el aval de los Estados Unidos, que consideraban a España un aliado necesario en el escenario de guerra fría. En este nuevo contexto, aquel grupo de jóvenes economistas sustituyeron las viejas zozobras proclamadas por Costa y los regeneracionistas para constituirse en una intelectualidad alternativa, la del desarrollo económico. Coincidían con la “despensa y escuela” de Costa, aunque no lo citasen. Tenían una misma meta, la de hacer de España un país europeo, pero se lo plantearon con nuevos criterios y nuevos métodos, con los conocimientos que aportaban las ciencias económicas, estadísticas y sociales. Los análisis empíricos eran lo primero e imprescindible. Sobre eso, las medidas legislativas y las alianzas internacionales. Sin más literaturas ni quejíos.

⁴¹ Alberto Ullastres era catedrático de Economía y artífice del Plan de Estabilización, a Mariano Navarro Rubio le correspondió la nacionalización del Banco de España, a López Rodó la reforma de la Administración y los planes de desarrollo. Eran profesores universitarios en los ministerios claves de la economía frente al predominio de militares y falangistas hasta entonces.

⁴² Enrique FUENTES QUINTANA y J. M. SERRANO, “El nacimiento de una profesión”, en E. FUENTES (dir.), *Economía y economistas españoles*. Vol. VIII: *La economía como profesión*, Barcelona, Galaxia Gutenberg–Círculo de Lectores, 2004, pp. 7-125.

La medida estelar de estos economistas fue el Plan de Estabilización de 1959. Aunque no se analicen aquí sus contenidos, es necesario enfatizar que se realizó con un objetivo rotundo, el de "introducir la economía de mercado" (Fuentes Quintana *dixit*). Tal fue el núcleo del pensamiento de todos los impulsores de aquellas medidas de liberalización y modernización económica. Al frente, los ministros vinculados al *ethos* del *Opus Dei* y a la santificación del trabajo. Baste recordar a este respecto a un Alberto Ullastres explícitamente defensor del lucro (por "provenir de una actividad socialmente útil y provechosa"), arquetipo de la mentalidad de este grupo político. En efecto, tal y como planteó el sociólogo Carlos Moya, el *Opus Dei* supuso "una considerable modernización" y el "desarrollo de una ética burocrático-empresarial en la católica sociedad española"⁴³. Se desplegó así una nueva dialéctica de racionalización burocrática, aunque siempre inserta en la dialéctica de dominación inaugurada con la victoria de 1939.⁴⁴

Ahora bien, sin restarle un ápice de importancia a la actividad y pensamientos de los Ullastres, López Rodó y Navarro Rubio, hay que situar una figura igualmente relevante, procedente del entorno falangista. El economista Fuentes Quintana no sólo desplegó un liderazgo intelectual en los años 50 y 60 sino que además en la transición a la democracia ocupó nada menos que la vicepresidencia del primer gobierno salido de las urnas, en 1977, fue uno de los artífices de los Pactos de la Moncloa e impulsó una reforma fiscal progresiva, medidas todas ellas que situaron a España en las puertas de su definitiva integración en Europa. Mientras que los tecnócratas vinculados al *Opus Dei* en su camino hacia Europa se toparon siempre con la democracia como obstáculo que no supieron abordar con rotundidad⁴⁵, tal y como luego se comprobaría en las primeras

⁴³ Carlos MOYA, *El poder económico en España*. Madrid, Túcar, 1975, p. 176. Cita, a este propósito el consejo del fundador del Opus Dei, Escrivá de Balaguer: "Todos los pecados –me has dicho- parece que están esperando el primer rato de ocio. ¡El ocio mismo ya debe ser un pecado! El que se entrega a trabajar por Cristo no ha de tener un momento libre, porque el descanso no es hacer nada: es distraernos en actividades que exigen menos esfuerzo (...) Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo" (Escrivá de Balaguer, *Camino*, 1965, 121). Por lo demás, C. Moya, además del *ethos* del Opus Dei y la santificación del trabajo, analiza también el papel de la Compañía de Jesús, la sociación Católica Nacional de Propagandistas y la Universidad Comercial de Deusto y la multiplicación de centros universitarios creados por los jesuitas como la ESADE (Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas) en Barcelona y el ICAI-ICADE en Madrid (ver C. Moya, pp. 171-180)

⁴⁴ *Ibidem*, p. 171.

⁴⁵ Sólo recordar que en las elecciones de 1977 concurrieron bajo las siglas de *Alianza Popular*, liderada por Fraga, otros exministros de la dictadura considerados tecnócratas como Laureano López Rodó, Gonzalo Fernández de la Mora y Federico Silva Muñoz. Lograron sólo el 8,2% de los votos. Ver Lourdes

elecciones democráticas de 1977, sin embargo la mayoría de los economistas que trabajaron al amparo de los ministros tecnócratas, como Fuentes Quintana, evolucionaron hacia posiciones claramente democráticas. Por eso se puede considerar arquetipo de la evolución de aquel grupo de expertos que elaboró el Plan de Estabilización.

De la trayectoria intelectual y política de Fuentes Quintana cabe reseñar algunos datos significativos⁴⁶. Fue de las primeras promociones de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, creada en 1944. Se licenció en 1948 y ese mismo año ya publicó un artículo sobre los efectos económicos de la política fiscal de la Suecia socialdemócrata⁴⁷. Temprano conocedor de la obra de Keynes, muy joven destacó por su capacidad de liderazgo intelectual. Primero, actualizó desde 1954 la *Revista de Economía Política*, pero sobre todo desde 1958, ya catedrático de universidad, dirigió la revista *Información Comercial Española* e hizo de este medio el órgano de expresión fundamental para conocer y entender el entramado técnico e intelectual de quienes propulsaron el Plan de Estabilización con la mirada puesta, de forma inequívoca, en Europa.

Por lo demás, políticamente Fuentes Quintana emergió como figura pública por su relación con sectores de la Falange, sobre todo con Juan Velarde, joven e influyente falangista que ganaría la cátedra de economía en 1960. Desde 1953 colaboró codo a codo con el citado J. Velarde, responsable de la sección de economía del diario *Arriba*, y en concreto, ese año, destacó Fuentes Quintana por su ofensiva contra un proyecto de ley fiscal en el que no se atendía debidamente, según argumentaba, una “generalización de la contribución sobre la renta” con criterios redistributivos. De hecho, las presiones de los falangistas lograron que tal proyecto se retirase de las Cortes⁴⁸. Desde entonces,

LÓPEZ NIETO, *Alianza Popular. Estructura y evolución electoral de un partido conservador (1976-1982)*, Madrid, CIS, 1988

⁴⁶ Se sigue la información elaborada como tesis doctoral por Rocío SÁNCHEZ LISSÉN, *El Profesor Fuentes Quintana ante tres cambios fundamentales de la economía española. El Plan de Estabilización Económica de 1959, los Ajustes a la crisis de los años 70, y la integración de España en la Unión Europea*. Prólogo de Juan Velarde Fuertes, Santiago, Fundación CaixaGalicia, 1997.

⁴⁷ E. FUENTES QUINTANA, “Los efectos económicos de la Política Fiscal. Comentarios a las tesis suecas”, en *Anales de Economía*, octubre-diciembre 1948, vol. VIII, nº 32, pp. 487-497.

⁴⁸ Miguel MARTORELL LINARES, “Falangistas contra Banqueros: la batalla del Impuesto sobre la Renta, 1951- 1957”, en *XIII Encuentro de Economía Pública: 2 y 3 de febrero*, Hotel Playadulce, Playadulce, Almería, 2006, consultado en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=397584> [la consulta se realizó el 22-XII-2010].

Fuentes Quintana fue un abanderado de una reforma tributaria redistributiva, basada en el impuesto sobre las rentas, que apenas lograría iniciar cuando fue vicepresidente del gobierno.

Otro tipo de impacto, igualmente significativo, cabe asignarle a la obra que publicó con Juan Velarde. Fue el manual de la asignatura *Política Económica* que, gracias a la gestiones de Velarde, se lanzó como obra “declarada de texto para enseñanza de Educación Política en 6º curso de Bachillerato”⁴⁹. Salió a la calle en 1959 y fue reeditada hasta 1972. Los autores justificaban la necesidad de estudiar economía para resolver “uno de los problemas básicos actuales: el problema de la pobreza”⁵⁰. De ahí que los pobres fuesen la ilustración inicial de este libro destinado a jóvenes de en torno a los 16 años, con el siguiente pie explicativo: “La Economía es, pues, la Ciencia del hambre”⁵¹. Y explicaban que en la España de 1960 la situación de pobreza reclamaba dos medidas: ante todo, “aumentar la riqueza”, y simultáneamente “distribuir más justamente la riqueza evitando la pobreza extrema”⁵². Reconocían que ambas tareas estaban erizadas de dificultades y por eso, de momento, reclamaban políticas concretas de igualdad de oportunidades. Precisamente se pondría en marcha en el curso 1961-1962 con el fondo para becas de estudiantes antes citado. Para resaltar la importancia del estudio de la economía, se apoyaron en Unamuno que había propuesto enseñar esa materia en el bachillerato, pero, sin embargo, su iniciativa había sido torpedeada “por los ricos”. No querían ocultarle nada al joven bachiller. Había que tratarlo como adulto y por eso le explicaban el objetivo del manual con estos términos: “No disfrazamos nada. Como aconsejó José Antonio, buscamos el camino amargo de la crítica. Si eliminásemos los aspectos negativos, es posible que hiciésemos de ti un buen nacionalista, pero no lo que pretendemos que seas: un buen español”⁵³.

Por lo demás, cabe traer a colación algunos contenidos de aquel manual que estudiaron miles de jóvenes en los años 60. Lógicamente sus autores tenían que explicar la economía de mercado, y lo hacían siguiendo el paradigma liberal, pero añadían que el deseable camino hacia la igualdad debía recorrerse “no sólo repartiendo la renta actual,

⁴⁹ Enrique FUENTES QUINTANA y Juan VELARDE FUERTES, *Política económica*, Madrid, Ediciones Doncel, 1959.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 10

⁵¹ *Ibid.*, p. 8

⁵² *Ibidem*, p.12

⁵³ *Ibidem*, p. 15

que permitiría un avance escaso de los pobres, pese al sacrificio de los ricos, sino expansionando la renta actual. Es decir, instaurando una estructura económica que automáticamente engendre más renta más igualitariamente distribuida”. De inmediato, concluían que “España ofrece bases para tener una economía equilibrada de tipo europeo. El avance que se observa desde 1940 muestra el esfuerzo realizado por el pueblo español. Sin embargo, para que ello prosiga es preciso eliminar una gran cantidad de trabas”⁵⁴. Por eso, cuando analizaban el sector industrial, explícitamente insistían en que todo lo “que tienda a la autarquía, en vez de ser capaz de luchar en el terreno internacional, y mantenimiento de hábitos monopolistas, acabará frenando el desarrollo de la industria en nuestro país”⁵⁵. Por otra parte, en el capítulo de los gastos sociales, exigían una redistribución de la renta para subir los presupuestos de educación. Vale la pena reproducir el siguiente razonamiento hecho y puesto en un manual de bachillerato en 1959: “mientras no se opine que es altamente rentable para la sociedad el que los hospitales a que tienen acceso los obreros han de ser tan excelentes como los frecuentados por los ricos, o mientras no se crea que una excelente retribución del magisterio primario –incitando a que al mismo se dediquen las mejores inteligencias– facilita más la lucha contra el odio de clases que una subida de pensiones de accidentes de trabajo, habremos recorrido poco camino”⁵⁶.

Incluyeron también en este manual una síntesis de la historia económica de España muy reveladora⁵⁷. Ante todo, defendían a los liberales de las Cortes de Cádiz, momento en que “la burguesía” hizo “decidido acto de presencia en la historia contemporánea española”. Luego criticaban el proteccionismo dominante en el siglo XIX y sobre todo

⁵⁴ Ibidem, pp. 87-88

⁵⁵ Agregaban que “no quiere ello decir que abogemos por un brusco librecambio. La industria española es una planta de estufa. Expuesta al cierzo de una fuerte competencia, desaparecería, y con ella las posibilidades de empleo de miles de personas y los jalones para nuestro futuro desarrollo. Simplemente creemos que el abrir las ventanas de la competencias, hacia dentro o hacia fuera, con toda la prudencia que fuere menester, puede contribuir a quitar las barreras que limitan el progreso de nuestra industria”, Ibidem, p. 153

⁵⁶ Explicaban que, aun siendo en ese momento mayor gasto el gasto en educación que en la República, eso era aún poco, porque de los 573 millones gastados en 1935 en educación, se había bajado a 385 en 1947 y sólo se había remontado a 585 millones en 1957. En sanidad y servicios sociales se remontaban a Segismundo Moret para España, y a Bismarck para destacar el ejemplo alemán, para defender, en consecuencia, “el socorro a los trabajadores con fondos tripartitos de empresarios, trabajadores y Estado”, que era –explicaban– el origen del seguro social. Detallaban que en España el Estado aportaba poco a ese seguro social porque la Hacienda no podía, pero que había que implantar las “líneas del modelo alemán bismarckiano”, el camino para “la redistribución de la renta” y la fórmula para lograr una sociedad española “más flexible”, con más hospitales, más “educación gratuita para los más pobres y más cara para los más ricos”. Ibidem, p. 234

⁵⁷ Ibidem, pp. 235-240

arremetían contra el Arancel de 1892, fecha desde la cual consideraban que España, con la nueva fuerza económica de los trigueros castellanos, junto a los intereses de la burguesía catalana, había entrado en una etapa de “proteccionismo integral”, en la que se implantó “la autarquía en todas las ramas de la producción”⁵⁸. Concluían que “el sistema económico autárquico ofrece pocas perspectivas”. Por eso mismo enseñaban a los jóvenes que el futuro económico estaba en “expansionar la exportación: si ésta es raquílica, raquílica será el futuro, de ahí vendrá la fuente de nuestro progreso”⁵⁹. En conclusión, la triada económica que debían aprender los jóvenes consistía en que progresaran las exportaciones, se implantase la estabilidad monetaria y se procediese a una más igualitaria distribución de riqueza.

Habría que contextualizar, en todo caso, los contenidos de este pensamiento económico y social de J. Velarde y de E. Fuentes dentro de la retórica de un régimen cuyos discursos y manuales, por más que integrasen las proclamas falangistas de igualdad social, no se acompañaban a la realidad de un gobierno siempre y en todo caso dictatorial y represor de las libertades. No obstante, ese manual no dejaba de expresar sintomáticamente cómo dentro de la propia dictadura una generación de intelectuales cualificados en ciencias sociales situaban la idea de España como parte integrante de una Europa liberal, al menos en su organización económica, y con una retórica de justicia social que tampoco es justo desecharla como vacua o inoperante.

Por lo demás, de la trayectoria de Fuentes Quintana baste recordar que su inquietud por una reforma fiscal redistributiva, aunque trató de realizarla cuando fue Vicepresidente en 1977, no se cumpliría hasta catorce años después con la Ley del Impuesto sobre el Patrimonio de junio de 1991⁶⁰. Sirvan estos datos para ejemplificar en la figura de Fuentes Quintana el valor que se le debe otorgar al grupo de intelectuales economistas que desde el Plan de Estabilización de 1959 a los Pactos de la Moncloa de 1977

⁵⁸ Ibidem, p. 237

⁵⁹ Ibidem, p. 240

⁶⁰ En todo caso, es justo recordar que en 1977 introdujo el delito fiscal para la defraudación maliciosa al Tesoro Público o a las Haciendas Locales, junto a medidas contra la opacidad fiscal de sociedades interpuestas, el gravamen sobre rentas altas y los incentivos al empleo con deducciones en cuota de beneficios del impuesto industrial o del impuesto de sociedades. Estas medidas se aprobaron por ley en noviembre de 1977, tras haberse firmado pocos días antes, a fines de octubre de ese año, los Pactos de la Moncloa de los que Fuentes Quintana fue protagonista, mientras el ministro de Hacienda Fernández Ordóñez presentaba por primera vez unos presupuestos para 1978 con un balance consolidado del sector público integrando los presupuestos del Estado y los de la Seguridad Social, con cifras de gasto iguales.

abrieron caminos de modernización para que la integración de España en Europa pudiera hacerse realidad en 1985. Los pasos y negociaciones han sido suficientemente estudiados, así como su contexto político y económico⁶¹. Procede abordar la otra perspectiva en este camino hacia Europa, la de quienes estaban luchando contra la dictadura y que, al final, convergieron en esos mismos Pactos de la Moncloa y en el proceso constituyente que alumbró la Carta Magna de 1978.

4. La oposición antifranquista y la solución europea.

Si la revuelta universitaria de 1956 y el cambio de gobierno de 1957 marcaron esa nueva etapa de la dictadura que se ha pergeñado en el anterior epígrafe, la política de reconciliación lanzada por el Partido Comunista de España en 1956 supuso también un giro de consecuencias decisivas entre las fuerzas de oposición al franquismo. Así, en los años 60 y 70 del siglo XX el PCE logró convertirse en pieza clave para la lucha contra la dictadura y para alcanzar la homologación con las democracias europeas. Su peso político y social se hizo incuestionable a partir de las huelgas de 1962 que sacaron a la

⁶¹ Sobre tales cuestiones no procede exponer una relación bibliográfica completa, sino sólo referencias para abordar los aspectos más generales al respecto: Antonio ALONSO, *España en el Mercado Común. Del Acuerdo del 70 a la Comunidad de los Doce*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985; Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, "El ingreso de España en la Organización Europea de Cooperación Económica", *Arbor*, nº 669 (2001), pp. 147-179; Fabián ESTAPÉ y Mercé AMADO, "Realidad y propaganda en la planificación indicativa en España", en Fontana, J. (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 206-214; E. FUENTES QUINTANA, "Tres decenios largos de la economía española en perspectiva", en J. L. García Delgado, (dir.), *España, economía*, Madrid, Espasa Calpe, 1993, pp. 1-140; J. L. GARCÍA DELGADO, "Industrialización y desarrollo económico durante el franquismo", en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudrià, (eds.), *La economía española en el siglo XX, una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1987, pp. 164-189; Manuel J. GONZÁLEZ, *La economía política del franquismo (1940-1970): dirigismo, mercado y planificación*, Madrid, Tecnos, 1979; Pablo HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006; Roberto LÓPEZ TORRIJOS, "El horizonte europeo en el discurso de las élites tecnocráticas durante el tardofranquismo y la Transición", en *Actas del VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: Memoria e Identidades*, Santiago de Compostela-Ourense, AHC, 2004; M^a Teresa LAPORTE, *La política europea del régimen de Franco, 1957-1962*, Pamplona, Eunsa, 1992; Antonio MARQUINA, *España en la política exterior de seguridad occidental*, Madrid, 1986; Antonio MORENO JUSTE, *España y el proceso de construcción europea: 1945-1997*, Barcelona, Ariel, 1998; y *Franquismo y construcción europea (1951-1962)*, Madrid, Tecnos, 1999; Rosa PARDO SANZ, "La etapa Castiella y el final del régimen, 1957-1975"; en J. Tusell, J. Avilés y R. Pardo Sanz, *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, 2000; L. PERDICES, J. REEDER, y J. L. RAMOS, "Estudio preliminar" a *El camino a Europa. Antología de textos sobre la integración de España en Europa*, Salamanca, Caja España, 2006, pp. 25-87; J. M. SERRANO y E. PARDOS, "Los años de crecimiento del franquismo (1959-1975)", en F. Comín, M. Hernández y E. Llopis, (eds.), *Historia económica de España, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 369-395; Jesús M. ZARATEGUI, *Una Europa para dos España. Primeros pasos hacia la integración (1957-1963)*, Pamplona, Eunsa, 2010; Angel VIÑAS et alii, *Una política comercial exterior de España, 1931-1975*, Madrid, 1979.

luz la fuerza sindical de unas Comisiones Obreras, de ningún modo exclusivamente comunistas pero innegablemente bien vertebradas desde liderazgos vinculados al PCE⁶². También el PCE adquirió un especial protagonismo en las protestas universitarias⁶³. De este modo, en todos los frentes de la lucha contra el sistema franquista, el PCE adquirió una hegemonía indudable dentro de la oposición, con unas redes y apoyos sociales muy por encima de los que daban soporte a los demás grupos antidictatoriales, ni siquiera los socialistas y anarquistas de cuya fuerza histórica apenas se encontraban ciertos ecos en la sociedad de esos años 60. Más aún, cuando en 1968 condenó la invasión de Praga por tropas del Pacto de Varsovia, el PCE se desmarcó del bloque soviético en el contexto de guerra fría, situándose claramente al lado de las democracias europeas, aunque le costase escisiones de los sectores más dogmáticos. Más aún, el líder del PCE, Santiago Carrillo culminaría esta trayectoria europeísta lanzando en 1977 un proyecto definido precisamente como *Eurocomunismo*⁶⁴.

Junto al PCE, cabe destacar por su decidido europeísmo a ciertos sectores demócratacristianos antifranquistas encabezados por el ex ministro Ruiz-Giménez y aglutinados en las páginas de *Cuadernos para el Diálogo*, tribuna que desde 1963 dio voz a una nueva hornada de demócratas en la que coincidió una intelectualidad plural con socialistas como Elías Díaz y Peces-Barba, teólogos como Miret Magdalena, nacionalistas vascos y catalanes, como Aureli Escarré (abad de Montserrat) y José Ramón Recalde y católicos con un compromiso muy notorio de militancia en el PCE como Alfonso Carlos Comín⁶⁵. También destacó la AECE (Asociación Española de Colaboración con Europa), con una orientación igualmente demócratacristiana, creada en 1954 por la ACNDP (Asociación Católica Nacional de Propagandistas) que colaboró con la dictadura pero en cuyo seno se desarrolló una corriente progresivamente más distanciada de Franco y con un pensamiento decididamente europeísta. Tuvo una trayectoria de escaso impacto hasta que en Munich, en 1962, justo cuando el régimen de Franco solicitaba la adhesión a la CEE, organizó una reunión con otras fuerzas

⁶² Rubén VEGA (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, 2002.

⁶³ José María MARAVALL, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1979.

⁶⁴ Santiago CARRILLO, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1977.

⁶⁵ Javier MUÑOZ SORO, *Cuadernos para el Diálogo, (1963-1976): Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid, Marcial Pons, 2006. Para un detallado estudio de la convergencia de ciertos sectores cristianos con un compromiso de cambio social y político, el estudio de Daniel F. ALVAREZ ESPINOSA, *Cristianos y marxistas contra Franco*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2003.

antifranquistas⁶⁶ que provocó el desasosiego en el gobierno de la dictadura. Duró poco porque las amenazas y el destierro diluyeron el grupo en salidas individuales de distinto calibre. En este sentido fue mucho más importante el impulso desplegado desde los movimientos juveniles de Acción Católica, cuyos militantes engrosaron con especial impacto social las filas antifranquistas⁶⁷.

Por lo que se refiere al PSOE, con una implantación muy limitada en la España de los años 60, hay que destacar que se debatió entre dos almas, la reformista y la revolucionaria. Esa tensión no se resolvió hasta muy tarde, en el congreso de 1979, cuando el golpe de timón de Felipe González arrumbó el marxismo y el radicalismo del programa máximo⁶⁸. Sin embargo, hasta esa fecha, hubo una oposición interna con un grupo influyente en el que estaban los nombres de Pablo Castellano, Luis Gómez Llorente y Francisco Bustelo, entre los más destacados por su radicalismo. Estas pugnas también afectaron a la idea de Europa que para los reformistas significaba ante todo democracia, mientras que los radicales la vieron sobre todo como una construcción capitalista. En definitiva, no toda la oposición antifranquista fue igual de europeísta. De modo más rotundo, a la izquierda del PCE surgieron distintos partidos que se proclamaron revolucionarios y que nunca consideraron que esa Europa que definían como burguesa –una construcción del capitalismo- fuese el camino a seguir por España. Pensaban que toda la historia de España era un fracaso, que la democracia era una pura formalidad burguesa y que la solución única y exclusivamente estaba en la revolución proletaria. Es lo que defendían, por ejemplo, el PCE (Internacional), escisión de 1969 dentro del comunismo, cuyo modelo a seguir era la China de Mao y Albania. Similar era la orientación de la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), partido de ideología marxista-leninista de línea maoísta, creado también en 1969. Por lo demás, parte de estos análisis que veían en Europa sólo la expresión de los intereses del capitalismo, no se borraron íntegramente incluso entre destacados intelectuales que militaban en el PCE. Sería una investigación sugerente rescatar de los escritos de aquellos intelectuales comunistas de los años 60 y 70 aquella persistente reiteración de las ideas del fracaso de la revolución burguesa, de la revolución industrial y, por

⁶⁶ Fernando ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Del "contubernio" al consenso*, Barcelona, Planeta, 1985.

⁶⁷ Sobre los movimientos juveniles de Acción Católica y el compromiso político de sectores católicos, ver Feliciano MONTERO, *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2009; y el estudio general de José Manuel CUENCA TORIBIO, *Catolicismo social y político en la España contemporánea (1870-2000)*, Madrid, Unión Editorial, 2003.

⁶⁸ Santos JULIÁ, *Los socialistas en la política española: 1879-1982*. Madrid, Taurus, 1997, 509-513.

supuesto, del carácter meramente formal de las democracias burguesas... Lógicamente se resistían a que los tecnócratas impusieran una idea de Europa estrictamente evolutiva, basada en el crecimiento económico, que dejase sin sentido ni rumbo el programa revolucionario con el que estaban comprometidos, por más que la línea oficial del PCE optase por vías reformistas.

En todo caso, por encima de estas posiciones más o menos adversas a Europa, la mayoría de la oposición, desarrolló un argumentario político en el que Europa significaba el fin de la dictadura y la organización de un sistema democrático. Frente a los tecnócratas que reducían Europa a la entrada en un mercado común económico, sin más implicaciones políticas, la izquierda que aglutinaba el partido comunista insistió, por el contrario, en la dimensión democrática de Europa y lanzó incluso campañas de boicot a las peticiones de adhesión a la CEE que desde 1962 hizo la dictadura. Sin duda, en este nuevo relato sobre el futuro de España hay que reconocer el mérito del PCE que desplazó los anteriores discursos vigentes durante la República, prolongados en el exilio por líderes políticos en constantes querellas internas. Se produjo así, justo en ese año de 1956, la convergencia entre la nueva línea política del PCE y la visión elaborada por una generación de jóvenes en la que concidieron los hijos de los vencedores y de los vencidos, sobre todo en las aulas universitarias. Desde los años sesenta la oposición en su conjunto, con la hegemonía del PCE, desplegó el lenguaje de los derechos y de las libertades para sacar a España tanto de la dictadura como del subdesarrollo, de modo que, tal y como ha planteado Santos Juliá, se hizo de la reconciliación y de la democracia la alternativa para los problemas de España, resultando, por tanto, “ridículo remontarse a los orígenes eternos de la nación, a la grandeza del pasado, a las guerras contra invasores y traidores”, pues perdieron peso intelectual “las disquisiciones sobre España como problema o España sin problema”⁶⁹.

Ya en septiembre de 1954 el V Congreso del PCE había aprobado una táctica política en la que defendía crear un frente amplio de fuerzas democráticas para liquidar la dictadura y restablecer las libertades, con elecciones. Pero, en el contexto de la desestalinización, más innovadora fue la política de “Reconciliación Nacional” que el PCE diseñó en junio de 1956, sin duda con el impulso del movimiento universitario que en febrero de ese año

⁶⁹ Santos JULIÁ, *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 462.

había puesto en solfa la hegemonía del SEU y había hecho crujir las vigas que sostenían la propia dictadura. El PCE incluso hablaba en ese año de la necesidad de unirse con los “movimientos democráticos burgueses” del interior de España, aun reconociendo que algunos procedían de “sectores disconformes de la derecha” y hasta de “la propia Falange”. Más aún, en esa temprana fecha de 1956 el PCE, para lograr aliar a todas las fuerzas antifranquistas en la “lucha por las libertades democráticas” declaraba con rotundidad que había que “cancelar responsabilidades de la guerra civil y la posguerra”⁷⁰. Era un manifiesto de reconciliación cuando hacía veinte años que la sublevación militar había provocado la guerra civil, pero el PCE llegó a la conclusión de que “maduraba la posibilidad de un entendimiento para la lucha contra la dictadura entre fuerzas que veinte años antes habían combatido en campos opuestos”. Era, por tanto, la posibilidad de “suprimir la dictadura sin pasar por una nueva guerra civil”. Vale la pena reproducir la literalidad del manifiesto lanzado por el Comité Central en ese mes de junio de 1956: “Nosotros entendemos que la mejor justicia para todos los que han caído y sufrido por la libertad consiste, precisamente, en que la libertad se establezca en España... Una política de venganza no serviría a España para salir de la situación en que se encuentra. Lo que España necesita es la paz civil, la reconciliación de sus hijos, la libertad”⁷¹.

Se pasaba página, por tanto, sobre la guerra. Aquella épica de la lucha contra el fascismo perdía su lugar central en el discurso comunista, que sabía recoger el sentir de otra generación de españoles que no habían empuñado las armas, que no querían oír hablar de más guerras y que pensaban ante todo en el desarrollo material y cultural del país⁷². Pero esto no sólo ocurría en las filas comunistas, sino también en las nuevas hornadas de universitarios, en sectores intelectuales, en el clero, en un nuevo catalanismo y sobre todo en ese movimiento de las Comisiones Obreras que emergía en el seno de la Organización Sindical del régimen⁷³. Se difuminaba así la divisoria entre

⁷⁰ *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París 1960, pp. 258-261. [Redactada por una comisión del Comité Central del Partido, formada por la camarada Dolores Ibárruri, que la ha presidido, y por los camaradas Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval].

⁷¹ *Ibidem*, p. 258

⁷² Jesús SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, *Teoría y Práctica democrática en el PCE 1956-1982*. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2000.

⁷³ Para conocer la importancia de CC.OO ver, entre otras obras, de David RUIZ, (dir.), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Madrid, Siglo XXI, 1993; Robert FISHMAN, *Organización obrera y retorno de la democracia en España*, Madrid, Siglo XXI-CIS, 1990; Carme MOLINERO y Pere YSÀS,

vencedores y vencidos y se abría paso, de modo zigzagueante en estos primeros momentos, una nueva linde, la de quienes defendían la dictadura y la de quienes exigían la democracia como solución para España. Los apoyos a este segundo grupo fueron creciendo año tras año, desde los 60, hasta ampliar un lenguaje en el que la palabra democracia se hizo valor incuestionable para una muy sólida mayoría de españoles, tal y como se pudo comprobar en las elecciones celebradas en junio de 1977. En aquellas elecciones, con apenas un mes de libertades al completo, los votos demostraron hasta qué punto había calado el relato que en 1956 el PCE había prefigurado exigiendo “paz civil [en España], la reconciliación de sus hijos y la libertad”.

Semejante proceso no fue fácil y la represión fue una constante, con el recién creado Tribunal de Orden Público cercenando la posibilidad de abrir un espacio político con la suficiente deliberación. Fue la presión de diversos sectores sociales y la expansión del consumo cultural, pero de ningún modo el supuesto pluralismo en el seno de la dictadura, lo que obligó a la promulgación de la ley de prensa en 1966. Se cambiaron los procedimientos de la censura para adecuarse a las crecientes demandas socioculturales, pero conservando el poder siempre la palabra decisiva. Sin embargo, es suficientemente conocido que los resquicios de esa ley permitieron nuevas empresas culturales de las que baste recordar los casos más conocidos del diario *Madrid* que fundado precisamente en 1966 por impulso de Calvo Serer, compitió hasta 1971 directamente con la prensa del régimen⁷⁴, o el caso ya citado de *Cuadernos para el Diálogo*, o la nueva etapa del semanario *Triunfo*, que se convirtió en referente incuestionable para la cultura y la política de toda la izquierda antifranquista⁷⁵. Surgieron también nuevas editoriales y revistas que abrieron espacios de resistencia a la cultura oficial y vertebraron alternativas democratizadoras con un público propio y con liderazgos intelectuales con cierta efectividad política. Todos mirando hacia Europa, ya fuese en teatro con la revista *Primer Acto*, en cine con la revista *Nuestro Cine*, también del empresario Ezcurra⁷⁶, en literatura o en historia⁷⁷, por citar algunos campos de la

Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Madrid, Siglo XXI, 1998.

⁷⁴ Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ y Fernando de MEER LECHA-MARZO, *Rafael Calvo Serer: La búsqueda de la libertad (1954-1988)*, Madrid, Rialp, 2010.

⁷⁵ Alicia ALTED y Paul AUBERT (eds.), *Triunfo en su época.*, Madrid, Casa de Velázquez - Ediciones Pléyades, 1995.

⁷⁶ José Angel Ezcurra fue una persona sobre la que hay suficientes datos para atribuirle un destacado y decisivo peso cultural en esta etapa de la historia de España, tal y como se comprueba en la obra citada *supra* de A. Alted y P. Aubert.

actividad cultural en donde el antifranquismo se impuso en gran medida por encima del relato oficial de la dictadura.

No obstante, aunque se miraba a Europa, en la izquierda antifranquista persistieron, en general, ciertos clichés sobre el subdesarrollo y atraso de España y, por tanto, sobre sus causas. Así, en el seno de una minoritaria pero combativa intelectualidad marxista el debate sobre la inacabada revolución burguesa marcó sobre todo el análisis histórico, por las consecuencias que para el presente se derivaban de unas posiciones historiográficas u otras. Pero en todo caso, ese mismo debate era el resultado de comparar España con Europa y con los caminos que habían seguido los países desarrollados hacia una organización capitalista y democrática, para llegar a conclusiones políticas válidas para el caso español⁷⁸. Ese debate marcó también la historiografía económica con un libro que a la altura de 1975 hizo de su propio título un eslogan explicativo de la distancia de España con respecto a Europa; se tartaba del “fracaso de la revolución industrial”, investigación en la que Jordi Nadal, destacado discípulo de Vicens Vives, situaba la clave del atraso español⁷⁹. Por lo demás, la intelectualidad catalana impulsó en España una importante renovación en historiografía y en otras áreas culturales con notorias implicaciones sobre la necesaria europeización de España⁸⁰. Todo esto sin olvidar la repercusión de *Ruedo Ibérico*, tanto con libros como con su revista o *Cuadernos*, que, publicada en el exilio, en París, recogió los debates más intensos desarrollados en el seno de la izquierda y lanzó obras que muy pronto se convirtieron en libros de referencia, como los de Gerald Brenan, Hugo Thomas y Stanley Payne⁸¹.

⁷⁷ Se sale de estas páginas abordar un mínimo balance de lo que significó para la literatura, para la historia y, en general, para la cultura y para las ciencias sociales la tarea de editoriales como Ciencia Nueva, Visor, Ayuso, Ariel, Siglo XXI, Alfaguara, etc. Ver al respecto la síntesis de Francisco ROJAS CLAROS, “Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años 60”, en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5, 2006, pp. 59-80.

⁷⁸ Un primer balance del debate en J. Sisinio PÉREZ GARZÓN, “La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979”, en M. TUÑÓN DE LARA, dir., *Historiografía española contemporánea*, Madrid, ed. Siglo XXI, 1980, pp. 91-138; y el análisis de José A. PIQUERAS ARENAS, “La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía”, en *Historia Social*, nº 24 (1996), pp. 95-132.

⁷⁹ Jordi NADAL, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Ariel, 1975.

⁸⁰ Es justo situar en este punto el importante papel de renovación para las ciencias sociales que impulsaron al alimón Gonzalo Pontó y Josep Fontana desde la editorial Ariel y que luego prolongarían en otras empresas editoriales.

⁸¹ Ver Albert FORMENT, *José Martínez: la epopeya de Ruedo ibérico*, Barcelona, Anagrama, 2000.

Por todo este cúmulo de aportes y cambios, el europeísmo se expandió de tal modo que hasta los tecnócratas, que habían planteado una integración en la CEE como asunto exclusivamente económico, tuvieron que aceptar la idea de que esa dimensión económica conduciría inevitablemente a cambios políticos. Semejante unión de economía y política también se abrió camino entre empresarios y medios financieros. De hecho, cuando el gobierno de la nueva monarquía comenzó el proceso de transición a la democracia en 1976, bajo la batuta de Adolfo Suárez, se convirtió en prioridad la reanudación de las relaciones con la CEE, mientras la oposición también trabajaba ante los gobiernos europeos para ganarse el apoyo y para lograr un pleno restablecimiento de la democracia.

Sin duda, Europa fue referencia constante en todo el proceso de transición y organización de la joven democracia. La integración en la CEE se hizo factor incuestionable para prácticamente todas las fuerzas políticas que concurrieron a las primeras elecciones de junio de 1977. Así se expresó en la declaración institucional que elaboró al respecto el Congreso de los Diputados el 8 de octubre de 1977, unos días antes de la firma de los Pactos de la Moncloa. Lo más importante, que esa declaración institucional sintonizaba con una sociedad en la que, salvo sectores minoritarios, en su abrumadora mayoría optaba por conjugar armónicamente los valores de libertad, de paz civil y de orden democrático, dentro, no hay que olvidarlo, de un sistema económico capitalista en el que el Estado atendiese los derechos sociales de la ciudadanía⁸². El colofón es suficientemente conocido, cuando el 12 de junio de 1985 se firmó en Madrid el Tratado de Adhesión y el 1 de enero de 1986 España se convertía en el duodécimo Estado miembro de las Comunidad Europea.

5. Epílogo

⁸² Son factores que se analizan en Juan AVILÉS, “España y la integración europea: partidos y opinión pública, 1977-2004”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, t. 16, 2004, pp. 409-423; Julio CRESPO MACLENNAN, “El europeísmo español en la época de Franco y su influencia en el proceso de democratización política”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, t. 10, 1997, págs. 349-367; Jorge BENEDICTO MILLÁN, “Sistemas de valores y pautas de cultura política predominante en la sociedad española”, en José F. TEZANOS, R. COTARELO y Andrés de BLAS (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989. pp. 645-678; y en Rafael LÓPEZ PINTOR, *La opinión pública española: Del franquismo a la democracia*. Madrid, CIS, 1982.

Si Joaquín Costa lanzó al escenario de la historia un programa de regeneración de la “verdadera España” a partir no de las ideologías o de las esencias culturales sino del “estudio y el trabajo”, no cabe duda de que al finalizar el siglo XX aquella preocupación podía considerarse satisfecha, aunque no cerrada. En la sociedad española se habían superado los atrasos económicos y sociales, también los oscurantismos ideológicos y culturales de modo que prácticamente, a la altura del año 2000, podía verse incluida, con más o menos fluctuaciones cuantitativas, en la media europea de cualquier parámetro que se utilizase para constatar la modernización alcanzada. Ahora bien, en las décadas bisagra del cambio del milenio se ha reavivado en España el debate sobre las identidades nacionales, ahora revestido con los ropajes que ofrece el desarrollo de las ciencias sociales. No preocupan ni se discuten los supuestos fracasos en el pasado, porque se ha extendido la idea de normalidad de la historia española frente a la excepcionalidad que tanto preocupó a las anteriores generaciones. Ya no angustian tanto las distancias con respecto a los países más avanzados, aunque preocupen esas diferencias en aspectos muy concretos como la investigación o el fracaso escolar, pero sin mucho complejo porque también hay otros datos favorables para compensar.

Sin embargo, cuando ya se pueden considerar clausuradas aquellas cuestiones del “problema de España” referidas al atraso económico, político y cultural, otras cuitas vuelven a plantear de modo persistente el “problema de España”. Ahora desasosiega la armonización de sus identidades, naciones o culturas políticas y la relación de todas ellas con el Estado. Por supuesto, prácticamente nadie se plantea este debate fuera del marco de la Unión Europea. Las paradojas se catalizan en torno al Estado nacional que, justo en la era de la globalización, se mantiene como la única institución que garantiza los derechos humanos y el ejercicio de la ciudadanía. Un Estado que en España es objeto de zarandeos por las tendencias a la internacionalización, por una parte, y, por otra, por las tensiones identitarias en el seno de la sociedad civil y social española. A esto se suma que la actual Europa integrada por 27 estados nacionales se encuentra en un momento de indeterminación bien notorio. No se ha producido la unificación de patrias democráticas, la Europa de las regiones es un simple referente burocrático y el Parlamento común no es más que la suma de intereses nacionales. En este sentido, es lógico que la relación de España con Europa no esté cerrada definitivamente, porque la historia es un continuo devenir. Por lo demás, en la actual coyuntura de zozobra económica y social, en este curso de 2010-2011, existen voces, catalogables de

intelectuales en sentido amplio, que, al modo de aquellos regeneracionistas del siglo pasado, también usan los medios de comunicación, ahora más poderosos e influyentes, para predicar relatos de muy diversa índole con respecto a Europa. Pero el análisis de esta nueva situación ya es otra historia.